



UNA LECTURA INTERTEXTUAL: *LA CULTURA DE LA VIOLENCIA EN EL SALVADOR, TEXTO HISTÓRICO DE PATRICIA ALVARENGA Y UN DÍA EN LA VIDA, NOVELA DE MANLIO ARGUETA*

Rosa M. Margarit Milla
Departamento de Filosofía,
Universidad Nacional, Costa Rica

El término “novela” remite directamente, en la tradición occidental, a un orden de invención, mientras que “historia” en la misma tradición parece situarse en el orden de los hechos. La literatura combina con la idea de “ficción” y la ficción como idea, atañe a la novela. A su vez, podemos definir la “ficción” como un conjunto de procedimientos determinados y precisos para resolver un problema de necesidad estética (Jitrik: 12-13). Podemos considerar la “ficción” como un concepto que es propio de un modo histórico y particular de encarar la literatura, en especial la narrativa. Es así que el modo de “ficción” va cobrando gran importancia desde fines del siglo XVIII, simultáneamente con la importancia que cobra la historia como aparato explicativo.

La historia, como disciplina que tiende a reconstruir los hechos, lo hace de forma orgánica y reconstruye el pasado dentro de un marco de cierta racionalidad. Podríamos definir un texto histórico de forma muy general y aproximativa, como un acuerdo —quizás no siempre respetado— entre “verdad”, que estaría del lado de la historia, y “mentira”, que estaría del lado de la ficción. Es un acuerdo siempre violado porque esos órdenes que encarnan, a su turno sus propias dimensiones de la lengua o de la palabra entendida como relaciones de apropiación del mundo.

Si la materia de que trata la historia reside por fuerza en el pasado y ese ser en el pasado de los hechos le confiere un carácter temporal, podemos sostener en cierto modo que la historia es la ciencia del tiempo, a causa del carácter espacializante que tiene la escritura. Por supuesto ello es una ilusión, como toda voluntad de espacializar el tiempo, pero esa ilusión —y en eso consiste la respuesta— crea un objeto reconocible e identificable.

En cambio la novela, espacializa el tiempo de los hechos referidos, pero trata, mediante la ficción, de hacer olvidar que esos hechos están a su vez referidos por otro discurso, el de la historia, que como todo discurso también espacializa.

Relacionar la novela y un texto histórico es audaz, porque implica la ruptura de los límites semánticos de cada término en cuanto que uno postula que es mentira y el otro verdad, pero está por discutirse si, a veces, en la verdad hay más mentira que en la misma mentira. Por lo menos ello conduce a relativizar la relación: la verdad puede ser más plena por la intervención de la mentira, o más densa; en cambio la verdad que no pasa por esa prueba puede aparecer más superficial, o fragmentaria, o sin fundamento. A la luz de esas relaciones es que ciertos sociólogos sostienen que una novela enseña más sobre la realidad que ciertos estudios o análisis científicos y aún que filosóficos.

Es a partir de lo planteado, que queremos mostrar un diálogo INTERTEXTUAL entre la novela **Un día en la vida**, de Manlio Argueta, y el texto histórico **Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932**, de Patricia Alvarenga. Vamos a entender la intertextualidad como un diálogo entre los dos textos.

VERDAD Y FICCIÓN

Manlio Argueta es un escritor que nació en San Miguel, El Salvador, en 1935. Terminó sus estudios en la Facultad de Derecho y hasta 1972 dirigió la Editorial Universitaria de su país. Ha triunfado como poeta en diversos certámenes; su novela **El valle de las hamacas**, publicada en 1971, ganó el premio centroamericano (CUSCA) en 1968. En 1977 ganó el premio Casa de las Américas con su novela **Caperucita en la zona roja**. En 1982 publica su novela **Un día en la vida**.

Un día en la vida, es una novela que transcurre en El Salvador, en el pueblo de Chalatenango. A diez cuadras del pueblo viven Guadalupe Fuentes (Lupe) y su marido José Guardado (Chepe) con sus tres hijos pequeños. Además tienen dos hijos mayores que viven aparte: Justino de 24 años y María Pía de 20 años.

María Pía, a su vez está casada con Helio y tienen dos hijas: Adolfinia y María Romelia, quienes por razones de trabajo viven en Ilobasco.

Justino, su hermano, ha sido asesinado, le cortaron la cabeza y después le dispararon siete balazos, ensañándose con él por pertenecer a la organización campesina. Helio, esposo de María Pía ha desaparecido y tienen algún conocimiento de que está siendo torturado, pero la guardia se niega a darle algún informe. Termina la novela con la detención, tortura y posible muerte de Chepe por la autoridad.

La novela está estructurada en pequeños apartados como si se estuviera contemplando las manillas de un reloj. Se inicia a las 5:30 a.m. y termina a las 5:00 p.m., dura las 12 horas de un día. El narrador principal es Lupe, pero aparecen a su vez otros narradores: María Romelia y Adolfinia (hijas de María Pía), María Pía y la autoridad (la guardia). La mayoría de los narradores son mujeres con características como; fuertes, solidarias y sensibles; hay un sólo narrador hombre que representa: autoridad, violencia y crueldad, elementos propios de una sociedad patriarcal.

No hay indicación del año o mes en que están sucediendo los acontecimientos, sólo una leve referencia que hace Adolfinia sobre lo dura que fue la rebelión del 32, lo que nos indica un acontecimiento reciente.

A su vez, **Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932**, texto histórico de Patricia Alvarenga, fue publicado en 1996. El libro versa sobre la construcción del terror como arma de dominación de los grupos dominantes como arma de resistencia de los grupos dominados en El Salvador. Es un estudio del sistema represivo desde dos ópticas: la construcción de los códigos morales que rigen la ética del poder y la participación campesina —ya sea colaborando o resistiendo— en la formación del sistema de control social.

Este texto de Patricia Alvarenga ubicado entre 1880-1932, nos explica que en estos años tiene lugar la génesis, crisis y reformulación de un sistema de dominación (Alvarenga: 10), que va a conformar la construcción de un Estado nacional. En esas fechas se produce una reforma agraria, la reconstrucción de las relaciones laborales y la elaboración de un proyecto que excluyó a los sectores populares. Es en este marco que se producen las dos coyunturas: La revolución de 1883 y el alzamiento campesino de 1932. Época caracterizada por unas particulares relaciones de poder cargadas de violencia. Al interior de la clase dominante como entre los dominados explotados, se resolvían los problemas con enfrentamientos violentos, casi siempre terminaban con muertes. La tensión, el recelo y la desconfianza fueron las formas en que se dieron las relaciones de clase. La falta de mecanismos conciliadores para resolver el conflicto social, generó una mayor violencia presente en la vida diaria y conformó y estructuró las relaciones sociales. A partir de 1919 y 1920 se produce la expansión de un cuerpo represivo profesional: la guardia nacional

que abarcó todo el país. Pero la represión del Estado contó, además, con la participación de civiles, creando una extensa red en todo el país que de forma gratuita participó en toda la dominación. Los sectores dominantes cooptaron o coercieron a los líderes comunales, en particular cuando alcanzaban puestos de poder, articulándolos a las redes de colaboradores civiles. El terror encubier- to se convirtió en un elemento multiplicador de la tensión.

Nosotros sostenemos que existe una relación INTERTEXTUAL entre la obra de Manlio Argueta **Un día en la vida**, y el texto histórico de Patricia Alvarenga **Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932**. Lo primero que queremos precisar es la imposibilidad de que Manlio pudiera conocer el texto de Alvarenga, ya que las fechas de publicación de ambos textos lo hacen imposible. Esa relación no nos interesa y no tiene explicación por sí misma. Lo que queremos es evidenciar un nexo entre los dos textos y ponerlo en claro a la luz del análisis (Goldman; citado por Mora: 45).

El análisis de la novela de Manlio Argueta nos permitió conocer el problema de la violencia en El Salvador, en particular en una zona campesina. Las formas concretas en que se expresan las relaciones de poder entre el Estado y la sociedad; la dominación a través del terror y la tortura hacia los campesinos y sus organizaciones y la participación de algunos civiles en la represión.

Creemos que el estudio de las relaciones intertextuales se escribe dentro del marco, en el cual la formulación de una sistemática generadora del sentido textual se acompaña del señalamiento de un nexo con la problemática social e ideológica del periodo (Mora: 1995).

El interés al relacionar los dos textos es comparar y mostrar cómo la realidad en la novela de Manlio Argueta deja de ser "ficción" al someterlo con la "realidad" que muestra la obra histórica de Patricia Alvarenga. A su vez el texto histórico se encuentra reafirmado por la novela.

UN ANÁLISIS INTERTEXTUAL

Entre 1880 y 1932, en la sociedad salvadoreña se generó una estructura de dominación a través del terror hacia los sectores populares y particularmente campesinos. A su vez, se produjeron importantes cambios como modificaciones en la tenencia de la tierra, nuevas relaciones laborales y una extensa red de control sobre los campesinos. El levantamiento de 1932 fue la culminación de un proceso de radicalización del campesinado y miles fueron asesinados. El Estado y los sectores dominantes agudizaron los mecanismos de control social fortaleciendo el ejército y la Guardia Nacional, mientras transformaban el carácter de la colaboración civil. *El terror, la policía rural, la colaboración de*

civiles y el ataque a los campesinos y sus organizaciones se convirtieron en parte de la vida violenta diaria del pueblo salvadoreño:

El terror se convirtió en parte de la cotidianidad en El Salvador y estuvo ligado a la vida nacional. El campesinado llevó la peor parte en esa represión y su enfrentamiento fue con el Estado y con el dueño de la hacienda. A su vez la violencia trató de modificar toda la esfera de las costumbres y la vida diaria. Así, "...el terror se constituye como parte de la institucionalidad y es un mecanismo de dominación no sólo avalado sino también, a todas luces, aceptado por el Estado" (Alvarenga: 62).

"El terrorismo estuvo plenamente incorporado a la cultura nacional en la que predominaba la resolución violenta de la conflictividad social en todas las esferas de las relaciones de poder" (Alvarenga: 62).

También, "En ese entonces ocurrió algo que nunca había pasado: la guardia comenzó a asomarse por el andurrial, cuando llegaban todos regábamos la bola y había que cuidarse, pues la guardia es muy estricta, no se puede andar, por ejemplo, con el machete amarrado a la muñeca porque va segura culateada o tamañas multas que uno de pobre de dónde las va a poder pagar" (Argueta: 27-28).

Desde el inicio del capitalismo en El Salvador, la dominación estuvo caracterizada por alta dosis de coerción. El Estado impuso el orden en el campo a través de poderosas instituciones represivas. Sin embargo, al iniciarse el presente siglo, su presencia en el campo fue limitada. Al final de la década del siglo XIX se formaron dos instituciones policíacas: la policía rural y la policía urbana. La policía urbana estaba a cargo del control de las transgresiones de la vida de la ciudad, mientras que la policía rural se ocupaba de los delitos entre los campesinos y de todos aquellos que atentaran contra los intereses de los hacendados.

"Según el proyecto de los sectores dominantes, la mayor parte de los hombres campesinos serían incorporados al ejército en algún momento de sus vidas" (Alvarenga: 146).

"El guardia es como nosotros, ha sido católico y casi todos son campesinos, lo que ocurre que ellos han recibido educación y nosotros no" (Argueta; 30).

La colaboración de civiles en la represión salvadoreña fue muy *generalizada* y los constructores del Estado se preocuparon de incorporarlos a la institución del país:

"Definitivamente, el sistema de auxilios civiles nunca hubiese funcionado sin el predominio de la colaboración voluntaria. En realidad, para poner en marcha un sistema represivo como éste, tan poco verticalizado y fundamentado

en relaciones personales, el consentimiento era requisito básico”(Alvarenga: 206).

“La autoridad dejó de venir por un tiempo, dejaron de asomarse, pues como el que las debe las teme. Días sin acercarse.

Llegaban nada más al desvío, a tomarse su refresco en la tienda de don Sebastián.

Que si habla novedad. Ni que don Sebastián fuera de ellos. O quizás se lo decían sólo para hablar. “Si todo va bien”, don Sebastián respondiéndoles. “Así se van más rápido”. “Dejan de joder tanto.” (Argueta: 102).

“Y a todas estas calamidades se agregan nuevas cosas. A saber cómo supieron que yo andaba por acá en Kilómetro. Por lo que me acaba de decir don Cebas: “Pues fíjate que raro Adolfinia que hace poco estuvo la autoridad por aquí y me preguntaron por vos, yo les digo que sos nieta de Chepa Guardado, la zipota: ¡por si acaso hay una equivocación! Ojalá no haya metido las patas.

—Con ella es.

—Ella viene de vez en cuando donde la abuela Lupe, no es de este lugar, vive en llobasco.

“Yo lo que quería era defenderte”, me dice don Cebas.

¿Cuál es la casa de Lupe?

Y por allí se fueron” (Argueta: 110-111).

Los comisionados y auxilios civiles eran la fuerza represiva encargados de poner orden. Se les escogía de los mismos peones de las haciendas y eran convertidos en colaboradores. Eran los hombres de confianza del hacendado y debían mantener vigilados a los otros trabajadores. “Los comisionados y auxilios de las haciendas estaban al servicio de los terratenientes para intervenir, en cualquier momento, poniendo orden cuando algún peón rebelde hiciese de las suyas” (Alvarenga:89).

“Las autoridades están en vez del dueño de la finca. Yo nunca he visto al dueño de la finca, pero a las autoridades siempre las estoy viendo. El dueño de la finca ni siquiera se acerca por acá. Nada más pasan zumbando por el desvío en sus carros, en sus yipes” (Argueta: 60).

Esos colaboradores eran encargados de evitar los robos durante la década de los 20, el hurto de productos e instrumentos agrícolas se había generalizado de tal modo que, sin una estricta vigilancia, los hacendados corrían el peligro de perder parte importante de su capital.

“Una de las principales funciones de estos vigilantes consistía en evitar los robos. Con tal fin debían controlar, hasta donde fuera posible, cada uno de los movimientos de los trabajadores” (Alvarenga: 91).

“Que nadie corte un árbol; un tamarindo por ser un tamarindo que no vale mucho no te lo podés coger sin permiso. Y muchas veces uno no ve ni siquiera un alma en el camino y pueden dar ganas de meterse para robar un mango o un aguacate, porque a veces puede antojársele a uno algo, cuando ve alguna fruta caída, más que todo por capricho. Pero eso es lo peligroso, pues no se sabe de dónde puede aparecer la autoridad” (Argueta: 60).

En la década de los 20, se abren en El Salvador algunos espacios para la *organización de los trabajadores*. Sin embargo, al desarrollarse fue reprimida y sólo quedaron en el discurso político.

“La promoción de organizaciones sociales se convirtió en la principal estrategia política hacia los sectores subordinados. No sabemos hasta qué punto los grupos populares presionaron al Estado para que efectuara tales transformaciones. Con la politización nuevas expresiones de violencia aparecieron en la sociedad salvadoreña. La violencia frecuentemente fue consecuencia de autoridades propuestas a imponer sus preferencias políticas” (Alvarenga: 272).

“Así es que vos pertenecés a la organización, sos hijueputa. ¿Por qué no viene ahora a defenderte, dónde está la valentía de tu organización, así es que vos sos el que va a enterrar a los finqueros? Decinos de dónde sacaste la pistola. Decinos cerote quién te la dio aunque de todas maneras te vamos a matar. Si nos decís lo vamos hacer rápido pero si te sostenés en no decir una palabra lo vamos hacer lentamente, para que sufrás. Decile a tu federación de campesinos que te vengán a salvar. Ya ves que con la autoridad no se juega, los vamos a matar a todos; porque con el capital que nos da de comer a todos no se juega” (Argueta: 128-129).

Los textos analizados se encuentran en la situación comunicativa, muy peculiar dentro de la cual el autor de la novela, Manlio Argueta, y la autora del texto histórico, Patricia Alvarenga, comparten una serie de lugares, valores, experiencias, espacios e intereses.

Evidenciar este nexo entre estructuras textuales y estructuras sociales en ambos textos ha sido nuestro objetivo en este trabajo. Al mismo tiempo señalar como la “ficción” y la “verdad” se entrecruzan en los textos. Ni la novela es totalmente mentira ni la historia puede abarcar la verdad totalmente.



BIBLIOGRAFÍA

- Alvarenga, Patricia. *Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA, 1996.
- Arce Vargas, Fernando A. *Literatura hispanoamericana*. San José: UNED, 1983.
- Argueta, Manlio. *Un día en la vida*. San José: EDUCA, 1982.
- Durán Luzio, Juan. *Lectura histórica de la novela El Recurso del Método de Alejo Carpentier*. Heredia, C.R.: EUNA, 1982.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1995.
- Mora Escalante, Sonia Marta. *De la sujeción colonial a la patria criolla: El Periquillo Sarmiento y los orígenes de la novela hispanoamericana*. Heredia, C.R.: EUNA, 1995.
- Shaw, Donald. *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 1992.

EL CONOCIMIENTO INDÍGENA HOLISTA

Róger Martínez Castillo

Prof. Centro de Estudios Generales
Universidad Nacional, Costa Rica

INTRODUCCIÓN

Las formas de relación histórica entre la sociedad y su entorno dependen del tipo de modelos de producción y consumo, así como de los estilos de vida. La organización, la participación individual, colectiva en la toma de decisiones, son sustentados por sistemas de valores, que involucran diversos impactos sobre el ambiente natural. Es decir, es reflejo del nivel de desarrollo histórico, con su propia dinámica, que es aprendido, compartido y transmitido socio-culturalmente, según sus necesidades e intereses y abarca todas las creaciones humanas: modos de pensamiento, sistemas de valores y símbolos, religión, costumbres, economía (producción-consumo), instituciones, comercio e intercambio.

Ibarra (1964) considera que los distintos modelos de organización política y disposición del medio natural obedecen al conocimiento que las diferentes sociedades tienen acerca del potencial ecológico. La escogencia de los diferentes tipos de suelos y variedades de producción no es fortuita. Los intereses de las sociedades por la aproximación de los recursos incide directamente en la organización espacial. Pues, toda sociedad manifiesta una serie de elementos culturales propios, que sirven de identificación y cohesión de sus miembros. Entre estos destacan los estereotipos, mitos, símbolos, las actitudes y valores.

El estilo de vida indígena, a través de sus características culturales, formas de vivir, producir y relacionarse con la naturaleza (Gabb, 1961), dan prioridad a la satisfacción de las necesidades básicas y la preservación del ambiente (**Cuidando los Regalos de Dios. Testimonios de la Reserva Indígena de Cocles**. UCR, 1966).